

# PENSARES DE ROCINANTE

HispaÓpera de cámara en un acto y tres escenas

ESCENA: *A LA DERECHA*, UN ÁRBOL. *AL FONDO*, LA FACHADA DE UN CHALET MODERNO ADOSADO A ZONA URBANA RURAL. HAY MESA Y SILLAS EN EL PORCHE. *A SU IZQUIERDA*, APARCADO UN DESCAPOTABLE, TAMAÑO MEDIO-GRANDE. *EN EL CENTRO*, ALGUNOS PEDRUSCOS BORDEAN UNA MINIZONA AJARDINADA.

EN OCASIONES LA PROYECCIÓN DE IMÁGENES FIGURA COMO SUSTANTIVA DEL MOMENTO ARGUMENTAL. PERO EN OTRAS, OPTATIVAMENTE, SERÍA TAMBIÉN RECOMENDABLE COMO COMPLEMENTO ENRIQUECEDOR.

## DESCRIPCIÓN DE LOS PERSONAJES:

**OBDULIA** (*Contralto o Mezzo*), intelectual con presencia escénica y notable personalidad.

**ROCINANTE** (*Barítono*), delgado pero de complexión atlética. De dinamismo equilibrado.

**ALONSO** (*Bajo cantante*), figura alta y angulosa. Carácter imprevisible por exaltado.

**SANCHO** (*Tenor*), grueso y de modesta estatura. Carácter sincero, abierto y rural.

**DULCINEA** (*Soprano coloratura*), moza atractiva, desenvuelta y de alocado dinamismo.

**EL GAITERO** (*Sin rol vocal*), de indiferente físico. Actor instrumentista de gaita o dulzaina.

## ESCENA 1ª

*(DURANTE EL PRELUDIO INSTRUMENTAL OBDULIA LEE UN LIBRO SENTADA AL PIE DE UN ÁRBOL. FINALIZADA LA MÚSICA DEJA EL LIBRO JUNTO AL ÁRBOL Y SE ACERCA AL PÚBLICO)*

OBDULIA – Hola ¿qué tal? ¿Bien? Pues eso, así a secas, ya es mucho para los tiempos que corren. Me llamo Obdulia, y aprovecho esta reunión para invitarles a participar en la peripecia actual de un caballo que ...

*(DE LA CASA-CHALET SALEN DISCUTIENDO ALONSO Y SANCHO. CALLA OBDULIA Y SE RETIRA DISCRETAMENTE A ESCUCHAR):*

ALONSO – No y no. Mil veces no... porque te equivocas, Sancho. Eres un insensato que no controla.

SANCHO- Calma señor, que lo que le cuento no es disparate.

ALONSO – Me agotas, me distorsionas la maquinaria del pensando.

SANCHO – Lo único que quiero decirle, mi don Alonso, es que la cosa está que arde.

ALONSO- Oye, pesimismos, de ninguna manera.

SANCHO - Bien, pues sin pesimismos: llego a la frutería, me arrimo a la verdura y veo que una coliflor gorda vale dos euros y cincuenta céntimos.

ALONSO – Ah, pues no había yo sospechado semejante cosa. Eso es caro ¿verdad?

SANCHO – Para que se percate le hago una aproximación: ¿Sabe usted cuántos reales tenía una peseta?

ALONSO – Yo en eso no reparo.

SANCHO – Pues yo sí. Porque resulta que quinientas pesetas eran dos mil reales, y en nuestra época original -

no hace tantos siglos- por dos mil reales el Mantecas se compró una casa en mi pueblo.

ALONSO - ¡Pero qué confusión mental, qué forma de sacar las cosas de contexto!

SANCHO – Pues yo me refiero a que el Mantecas se compró una casa por lo que hoy vale una coliflor.

ALONSO – Mira Sancho, no vayas diciendo semejantes cosas por ahí porque hay quien, por mucho menos, ha perdido hoy el cargo o anda enchiquerado en el manicomio.

SANCHO – Bueno amo, veo que no me entiende.

ALONSO – ¿Cómo voy a entender mamarrachadas? Así no vamos a ninguna parte.

SANCHO – Claro que no, a ninguna. Así que con su permiso voy a ver qué hace Rocinante, no sea que se meta en el supermercado, la tome con la verdura y la liémos.  
*(SALE)*

ALONSO – Adiós, y que la luz se haga un día en tu mente. Yo también iré a lo mío

*(SE VA. OBDULIA REGRESA CERCA DEL PÚBLICO)*

OBDULIA – Son cosas. Bien, pues quería yo interesarles en la peripecia de un caballo que, hace tiempos, se hizo famoso por la voluntad de su dueño. Puedo hacerlo con todo rigor porque, a causa del encantamiento tan común en la literatura de épocas pretéritas, en aquellos días renacentistas era yo del género masculino y maestro de escuela en el mismo lugar de La Mancha. -Y verán que han de darse otras importantes mutaciones aquí mismo porque esto va hoy de fantasía-.

Pues... los muchachos que tenía a mi cargo eran bastante arbitrarios en lo que atañe a frecuentar la clase. No siempre eran ellos los culpables. En su condición de hijos de campesinos, desde bien pequeños debían echar una mano en las labores camperas. Uno cuidaba pavos, otro pastoreaba ovejas, aquél se ocupaba de los cerdos, el de más allá limpiaba y surtía a las jaulas de los conejos y así un sin fin de cosas.

Yo entendía lo que pasaba y tenía que resignarme. Pero sea como fuere y pese a lo irregular de la asistencia, la mayoría de aquellos muchachos sacaron provecho de la escuela. Leer, escribir y las cuatro reglas fue buena cosa para toda su vida. Y encima aprendieron a tratar con cariño a los animales.

*(POR EL FONDO ENTRA ROCINANTE DESPARRAMANDO POR EL SUELO PAPELES APERGAMINADOS ESCRITOS. AUNQUE NO LO HAYA VISTO, DICE OBDULIA)*

Por ejemplo, aquí nos llega aquel animal memorable que ahora simula renegar de la novela que le dio vida.

Los caballos, en general, son seres inteligentes y llenos de sentimientos. Desde luego saben apreciar los favores.

*(ROCINANTE EMPIEZA A RECOGER LOS PAPELES QUE TIRÓ. LUEGO VIENE JUNTO A OBDULIA).*

A los muchachos míos les gustaba este caballo que aquí tenemos, y a mí también. Sus andanzas resultaron ser elocuentes; eran como discursos en acción.

ROCINANTE – Mire usted, Don Obdulia, le voy a decir algo aunque lo que de verdad hago yo bien es relinchar; porque lo que se dice hablar, hablo a trompicones. Y eso que mi amo, del que aprendí, habla como nunca he oído hablar a nadie.

OBDULIA – Hombre, lo tuyo tiene mérito, sin llegar a Demóstenes ...

ROCINANTE – A ¿de... qué?

OBDULIA – Me refiero a uno que le daba bien al pico; pero la verdad es que tú, para ser caballo te defiendes. Tranquilo pues, Rocín. Aquí aunque estés en una audiencia, no te cortes, porque hay muchos en las altas instancias que hablan como si ladrasen... y ¡tan tranquilos!

ROCINANTE – Qué quiere usted que le diga, Don Obdulia; uno, aunque caballo, procura ser moderado. Por ejemplo, yo con los de su escuela flipaba, pero con los que tanto mandan trato de callarme.

OBDULIA– *(AL PÚBLICO)* ¿Se dan ustedes cuenta? Caballo será pero de tonto ni un pelo.

ROCINANTE – Lo que le estaba diciendo: los suyos ¡qué chavales! Uno me traía zanahorias, otro venía con una espuerta de forraje... Hasta hubo quien me endulzaba con caramelos de miel. Eran buena gente. Les tengo ley. Lo peor es que no conseguía llenar la tripa. Tenía hambres perrunas (o como diría mi novela, “de galgo corredor”). Y estoy por dentro más fino que un serrucho. Mi amo ni se enteraba y encima me daba sustos. Con un amo así, uno no sabía cómo terminaría el día. ¡Mira que lo de los molinos! Eso se ha hecho famoso. Va y... le da por decir que eran gigantes y que aunque fuera sólo un caballero, les iba a dar matarile. Salimos vivos no sé cómo.

OBDULIA – Pero ¿por qué, Rocín?

ROCINANTE - Nos pegó un aspa de aquellas una embestida que ni los huracanes son tan peligrosos.

OBDULIA – Entonces ¿tú también crees que se trata de un loco?

ROCINANTE – Algo le anda mal por el reloj de la cabeza. Sí señor.

## ESCENA 2ª

*(ENTRAN POR LADOS OPUESTOS ALONSO Y OBDULIA, ENCONTRÁNDOSE INESPERADAMENTE EN EL PORCHE DEL CHALET)*

OBDULIA- ¡Hombre Don Alonso, cuánto tiempo sin hablamos!

ALONSO – El tiempo, Obdulia, es un masticador acelerado.

OBDULIA – Verdad. Su boca habla verdades.

ALONSO – La verdad es relativa y casi nunca exacta.

OBDULIA – Aprovecho la ocasión de mi verdad, al encontrarlo hoy. Le voy a decir algo que usted puede interpretar chocante pero que a mí me parece evidente: mire usted Don Alonso, lo de ese pobre caballo llega a ser bochornoso. Va a morir de hambre ¿no cree?

ALONSO – ¿Hambre? ¿Dice usted, real y verdaderamente, hambre?

OBDULIA – Con todos mis respetos, eso digo.

ALONSO – Pero vamos a ver, ¿desde cuándo los caballos tienen hambre? Los campos están llenos de hierba. Así pues, ¡que él coma hierba!

OBDULIA – Pero si éstas son unas tierras yermas. Si aquí no crece ni la juncia.

ALONSO – No me diga. Esta es tierra de pan llevar, tierra de vino, lugar de buen yantar y panzada. Lo que ocurre es que ese follón y malandrín que tengo por montura es un gandul sin remedio. Ni ante la tierra se inclina para llevarse a la boca le verde frescura de los campos. Lo que me cuenta es algo que yo barruntaba. Lo de ese animal es sin remedio.

OBDULIA – ¡Claro que tiene remedio! Hágale traer una buena carga de alfalfa y verá con qué fruición la ingurgita. Sería un bálsamo milagroso para ese pobre animal.

ALONSO – ¿Alfalfa? ¿Alfalfa? ¿Bálsamo de alfalfa? ¿Sabe usted cuánto puede costar una carrada de esas? ¡Pues un puño de euros, o maravedíes, o la divisa que quiera! No; yo no tengo peculio para alimentar vagos.

OBDULIA - Alfalfa; se lo ruego como amigo y como “fan” suyo. Su rocín necesita alfalfa y de manera urgente.

ALONSO – ¡Qué cosas hay que oír! Sepa usted que en una de mis andanzas fui hollado por una piara de cerdos. ¿Y sabe qué hizo mi jamelgo, el de su alfalfa mágica? ... Quedarse plantado sin intentar mover una pata para liberarme de aquella turbamulta maloliente.

OBDULIA - Oiga, ¡una marranada!

ALONSO - ¿Y ahora pide usted alfalfa? ¡Ni que estuviera yo loco! *(REPITE MIENTRAS INICIA MARCHARSE)*  
...Ni que estuviera yo loco

*(PERO EN EL CAMINO SE CRUZA CON SANCHO QUE ENTRA LLEVANDO DE REATA A ROCINANTE. EL ESCUDERO TRATA DE CALMARLE).*

SANCHO – No se malhumore mi señor, jopé, y vea que todos lo recordábamos dueño del mayor de los optimismos. ¡A ver si nos va a defraudar pasados los siglos!

*(DESCUBRE SANCHO LA FIGURA DE UN ÁGUILA QUE EVOLUCIONA MAJESTUOSA EN LO ALTO. APROVECHA PARA QUITAR LEÑA AL FUEGO)*

Y hablando de alturas y de señoríos, vea: vuela un águila. ¡Qué desahogo! ¡Cuánta majestad serena! ¡Qué dominio de lo infinito! Adorable ese ser ... ese ser ...

OBDULIA – Falconiforme Sancho. Fal-con-i-forme

SANCHO – Gracias ciudadana; ese con... uniforme. El vuelo lo tiene plácido pero... ándate con ojo, que éste es capaz de preñar al mundo de desgracias. ¡No veas lo que es ese pico torvo, como en gancho, y sus garras potentes!

ALONSO – Oye tú, ¿por qué no te callas, eh? ¿por qué no te callas?

SANCHO – Déjeme jefe, que voy a cantar la poesía que don Miguel no quiso escribirme en la novela.

*(EXTIENDE LOS BRAZOS HACIA EL ÁGUILA Y LE CANTA UN ARIA):*

**“Ave solitaria y emblemática, con tu sentido fiel de la visión eres capaz de dominar límites insospechados – quizás toda esta Castilla-. Desde donde ahora se te ve, casi convertido en un punto bien plantado en lo azul, pienso que puedes verme tú, que puedes verme con precisión microstrómpica, ¡microstrómpica! Te saludo arrobado, ave solitaria y emblemática.”**

*(SE VA ALONSO POR DONDE ENTRÓ)*

ALONSO – Con que loco yo; ¡pues anda que éste, hablando a los pajarracos! Vaya ... ¡Se cree San Francisco de Asís, el tío!

OBDULIA – Con permiso, voy a leer un rato.

*(VA A LEER EL LIBRO QUE DEJÓ JUNTO AL ÁRBOL)*

SANCHO – Pues yo aprovecharé para ...

ROCINANTE – Oiga señor Sancho, lo de ocuparse del águila está muy bien pero a mí, que tengo una categoría zoológica superior, también me gustaría tener un diálogo productivo con usted.

SANCHO – ¿Y con qué derecho pretendes tú un diálogo productivo? ¿Es que olvidas que desde que te se conoce no has pasado de ser un modesto vehículo de la época?

ROCINANTE – Un respeto Sancho. Hoy es otro rollo y ya ve que aquí tengo una consistencia destacable.

SANCHO – Bueno, sea. A ver.

ROCINANTE – Pues lo primero es que a pesar de mantener siempre mi subordinación habitual, le digo... que no estoy conforme con seguir entendiendo algunos sucesos y el significado de esos sucesos con el mismo sentido que el maestro Cervantes manifestó.

SANCHO – Pero esas son discrepancias con el escritor. Busca a Cervantes y si lo encuentras discútelo con él.

ROCINANTE – Él escribió lo que escribiera pero lo cierto es que ustedes aceptaron sin torcer mueca todo cuanto proponía la novela. Y en lo moral, barrunto yo que eso implica responsabilidades.

SANCHO - ¿Responsabilidades yo? Yo tan solo era un personaje y he sido siempre un mandado.

ROCINANTE – Ahí quería yo llegar. Usted no era tan solo un personaje; usted según se ve, iba y va a la rueda del que es, posiblemente, el sujeto más impactante de la literatura universal.

SANCHO – Será así, pero termina cuanto antes porque en lo que queda de día tengo todavía que hacer.

ROCINANTE – Voy terminando, señor. Y dígame, ¿cómo se le quedaría la cara a usted si repasara con sentido humanitario las cosas que hubimos de presenciar y de vivir entonces?

SANCHO - ¡Las cosas! Dices "las cosas"... Don Alonso ha sido un ejemplo histórico de honestidad y de sometimiento a ideales altísimos. Si se pasó de magin fue por el convencimiento de que cualquier aventura o desventura era lo suyo en la caballería andante de la época. Y como mandaba ...

ROCINANTE – Pero mandaba con abuso, reconózcalo, y yo pienso que usted no debería haberle secundado en infinidad de ocasiones.

SANCHO – Bueno Rocín, no me metas a mí también en las culpabilidades. Mira, tengo que ir a ordenar el garaje, que lo has dejado como si fuese una pocilga. Y a ti te vendría bien no discurrir tanto, que en lo de cerebro no te han puesto el suficiente para eso. Límitate a lo tuyo de ahora en adelante. Luego vuelvo. *(MUTIS)*.

ROCINANTE – *(AL PÚBLICO)* Ya ven. El desprecio por todo diálogo. ¿Cómo calificar esto? Pues ... en democracia preguntaría si el Código Civil está escrito para ricos y si el Penal para los pobres.

Me van a permitir que, ya que están ahí bien sentados, les recuerde lo que ni el tiempo es capaz de borrar. Y es que, por ejemplo...

Fíjense: Me llamó mi amo "Rocinante, como el primero de los rocines del mundo". ¿Y a ustedes les parece noble que siendo declarado "el primero" se me tuviera tan flaco y hambriento día tras día? ... Pues a mí no.

¿Y a ustedes les suena ético que mi amo, en el desvarío de Dulcinea dijese: "Quiérote por hermosa: hasme de amar aunque sea feo?" ¡Aunque sea feo!

¿A ustedes les suena ético?... Pues a mí no. Tuve que relinchar para disimular la risa.

Y díganme: ¿Creen que es de dignidad que un caballero andante acepte pacíficamente que lo encierren en una jaula? ¿Lo creen? ... ¡Pues yo no lo creo, ea!

Otra: ¿Les parece intelectualmente correcto que ni por bromas se nombrara al iletrado Sancho gobernador de un inventado territorio? ... ¡Pues a mí no!

Gracias. Ya me he desahogado algo.

Ahora regreso a continuar con lo que pida este libreto.

*(REGRESA HACIA EL CHALET CUANDO VUELVE SANCHO DEL GARAJE CON UNA SOGA Y SE LA ENROSCA A ROCINANTE EN EL CUELLO PARA LLEVÁRSELO. REACCIONA OBDULIA ALTERADA Y SE LEVANTA)*

OBDULIA - Eh, tú, Panza panzudo, ¿cómo te atreves a llevar a tan mítico animal de esta manera?

SANCHO – ¿Y cómo quiere la señora maestro que se lleve ahora de reata a las bestias?

OBDULIA – ¿Que cómo? ... pues ¡Sueñas!

SANCHO – Bien se conoce que entiende poco de lo arriero su Señoría.

OBDULIA – ¡Quita sin tardanza esa cuerda a criatura tan noble, a la que intentas torturar con sogas de horca!

SANCHO – Pero si acabo de soltarle la traba y lo que hago es conducirlo al garaje para que coma su pienso.

OBDULIA – ¿Sí? ... ¡Quita de inmediato ese dogal ahogadizo!

SANCHO – Mire señora maestro, que si lo suelto no me hará caso.

OBDULIA – Deja abierto el garaje y yo lo llevaré sin sogas. Y pírate.

SANCHO – Como guste su Señoría. *(MIENTRAS QUITA EL RONZAL, ANTES DE SALIR)* Mi amo, que ve un rebaño de ovejas y dice que son ejércitos, y ésta convencida de que las bestias tienen conocimiento y obedecen como si fueran los de su escuela.

OBDULIA - Díme ahora: ¿qué mal has hecho tú, Rocín?

ROCINANTE – Mi mal es haber nacido caballo.

*( OBDULIA LE CANTA UN ARIA)*

OBDULIA – **“En tu condición y a mi parecer, tienes nombre alto y significativo. No todo el mundo puede llamarse Rocinante. No te rebajes. Recuerda lo importante que fuiste cuando eras novela.**

Y ahora piensa, Rocinante querido, ¿qué habría sido de las letras de la humanidad sin tu existencia? Muchos equinos se cambiarían por ti a ojos cerrados. Nos haces falta, Rocinante reencontrado.

ROCINANTE - ¿Y tiene algo de útil que yo hoy hable o cante?

OBDULIA - Te he estado escuchando antes, Rocinante. Y mientras lo hacía me he dicho: "Tiene razón"; y es que yo, cuando conocí la novela que te dio vida también me hice preguntas como esas. Porque ...

(**CANTAN JUNTOS A DÚO**):

OBDULIA Y ROCINANTE - " ... **En toda obra humana - aun la maestra- se puede discutir su perfección. Se puede comprender que en el caleidoscopio de materias que formamos la Naturaleza, nosotros - animales- erramos con frecuencia. Y justo es entender que cuanto mayor es la inteligencia a tanto más llega el grado de desvaríos**".

ROCINANTE - Muy bonito, muy sentimental, pero ¿qué debo hacer con el hambre? ¿Y con lo demás que tengo pasado, tan malo como el hambre?

OBDULIA - A ver, según tú ¿qué es lo demás? Cuenta.

ROCINANTE - Lo último ha sido que llegamos a un prado verde donde cruzaba un arroyo de agua cristalina. Había por allí unos yegüeros más bien torvos. Mi señor dijo que se me aligerara de arreos para que fuera a pastar. Y presumía: "Anda, dime ahora que no tienes comida". Luego, el gordito sacó de sus alforjas queso, chorizo y pan candeal. Me pongo a comer mi hierba y a la primera que levanto la cabeza veo una punta de yeguas de las que a mí me dislocan. ¡Qué chiquillas! El careto suntuoso, las patas elocuentes, los ojos desmesurados, la grupa apoteósica. Ante tales manjares abandono la manduca y trato de relacionarme con la que tengo más cerca. Carita bondadosa tenía; dientes parejos y blancos. Relincho con dulzura y me aproximo. Intento un belfo contra belfo y ella pone tiasas las orejas. Gira ... gira y me suelta un par de

coces en la quijada. Quedo tambaleante. Las demás hembras se arremolinan, me cercan, y aquello debió ser lo que nadie ha podido contar. Las patadas, los mordiscos, las arremetidas, me tiran al suelo. Creí morir.

OBDULIA - ¡Terrible! Una punta de potrillas sin doma pateando a un pobre caballo indefenso, ¡qué pasada!

ROCINANTE - Pues lo peor no fue eso. Don Quijote y Sancho paran su ñaca-ñaca y corren a socorrerme. Tratan de espantar a las fierecillas y los yegüeros que se dejan venir con unos garrotes como columnas de mármol y empiezan a sacudir estopa que casi nos matan a los tres. Cuando se cansaron del apaleo se fueron riendo a carcajadas con una mala baba sin nombre. Allá nos halló la noche, como tres piltrafas. Y dolores, lo que se dice dolores, todos.

OBDULIA - ¡Qué demasiado, duele hasta escucharlo!

ROCINANTE - La del alba sería y yo casi sin dormir. Y aún hoy estoy sin dejar de pensar en aquellas chiquillas. El magín se me pone como un festival.

OBDULIA - ¿Festival? ¿Pero eso es posible después de "los despueses"?

ROCINANTE - Vea, con lo feliz que yo sería en una buena dehesa con todas las preciosas pidiendo amor y yo brindándoles acomodo...

OBDULIA - Mira Rocinante, además de masoquista, lo tuyo. ..

ROCINANTE - Mire, la última que se me puso en mi imaginando, anoche, fue una color canela oscuro, potra loca, que me pateaba y me mordía cuando yo solo era un trapo. Y yo me decía: ¿ha visto nadie semejantes pestañas cercando ojos tan perfectos?

OBDULIA – Deliras Rocinante, deliras...

ROCINANTE – Pues cambiando de tema, por lo lejos veo a la que Don Quijote venera. Yo me voy porque si aparece y me pilla hablando se puede asustar.

OBDULIA – Me acercaré a saludarla... si se deja, porque ésta es de las que...

ROCINANTE – Pues yo he de esperar a lo que me manden. Mientras, voy a intentar colarme en el parque y comer algo.

### ESCENA 3ª

(DE LA CASA-CHALET SALEN AHORA ALONSO Y SANCHO, ESTE CON UNA SOGA CAYÉNDOLE DESDE EL HOMBRO.)

ALONSO – De ninguna de las maneras. Por muy maestro que haya sido, en ti no manda. Soy solo yo quien ordena y arregla.

SANCHO – Pero es que la maestro sabe mangonear.

ALONSO – Entiéralo. Tienes ya muchas andanzas vividas para dejar que te embauquen.

SANCHO – Lo dirá quizás por lo de Sierra Morena, cuando la novela.

ALONSO – Sierra Morena, de las Españas. Olvidémoslo.

SANCHO – ¿Pero cómo olvidar a un quídam tal que Ginés de Pasamonte, a quien vuesa señoría libró de cadenas, y en cuanto se vio con las manos libres va y me roba mi burro?

ALONSO – Sí, olvídale porque el olvido es saludable cuando algo viene turbio. Peor me vi yo, privado de mi Dulcinea y sin consuelo.

SANCHO – ¿Y quién le llevó la carta? ¿Quién apechó montes, precipicios, sendas perdidas, lobos feroces, cabreros deslenguados, por llevar la carta aquella?

ALONSO – Memorable misiva que, por cierto, me perdiste.

SANCHO – Y que me aprendí con principio y fin pese a mi flaca memoria: *“Soberana y alta señora”* era el empiece. Y *“tuyo hasta la muerte. El caballero de la triste figura”*.

ALONSO – Principio y fin, sin nada dentro.

SANCHO – Pues yo hice cuanto me ordenó. Yo fui quien después pasó los malos tragos de ir al Toboso. El que atajó a las tres campesinas que aquella vez nos cruzamos y entre las que iba su amada Dulcinea.

ALONSO – Pero eso fue cuando estaba encantada, convertida en labriega. Aún sigo intentando desembrujarla.

SANCHO – ¡Qué diablos, con los encantamientos! El que estuvo realmente encantado fue D. Miguel, escribiendo tanta cosa imaginada. ¿No está conmigo, amo?

ALONSO – Razón y tino tienes esta vez.



*(CANTAN A DÚO):*

ALONSO Y SANCHO – “**Ventura fue la nuestra al nacer de tan excelsa pluma. Ventura gozamos hoy porque, en tiempos tan distantes, siendo del todo diferentes somos aquellos mismos. Ventura es cuando la imaginación muta en milagro como éste. Ventura. Ventura.**”

ALONSO – Pero es desventura continuar buscando en cada rincón a la amada, sin sosiego para la mente.

SANCHO – Pues mírela. Ahora llega y precisamente escoltada por la señora maestro.

ALONSO - ¡Cómo! ¡Qué me dices!

*(ENTRAN OBDULIA Y DULCINEA. AL VER ÉSTA AL CABALLERO Y SU ESCUDERO SE DETIENE Y CON DESENFADO...)*

DULCINEA – Un dos tres y ... Me arremango, me arrebujo y suelto por la muí lo que merecen los que no caminan bien de la azotea.

ALONSO – No, esto no puede ser. Encima de la crisis mundial, esta vejatoria sorpresa.

DULCINEA – ¿Q' pasa contigo, tronco?

ALONSO – Esa no es forma, no es manera, en la que ha de ser boca preciosa.

DULCINEA – Vamos a ver si consigo que me entienda este pureto. Mira güen hombre, por si no controlas, yo soy de El Toboso, fui hija de Lorenzo Corchuelo y mi nombre era Aldonza Lorenzo.

Y no soy Dulci-de-nada. ¿'Tamos o no 'tamos?...

ALONSO – Como hemos de estar, señora mía. Lo que yo quisiera saber es quién o quiénes son los maléficos que os dejaron convertida en humilde labradora. A vos, bella entre las bellas, ojos de sol, labios de coral, alabastro por cuello. Sí, quisiera saberlo porque esos malvados caerían uno a uno alanceados por este reconocido Caballero de la Triste Figura.

DULCINEA – Tío, triste sí que eres, porque es triste que la jaula la tienes descompuesta.

SANCHO – Ya se lo decía yo, amo. Ella es la Lorenzo.

ALONSO - ¡Calla tú, Sancho!... que esto se pone que no hay quien lo entienda.

*(IRRUMPE ROCINANTE Y SE PARA JUNTO A OBDULIA)*

ROCINANTE – Señores, tengo hambre.

ALONSO – ¿Se puede saber quién habla por Rocinante? Y además, ¿qué hace mi caballo suelto, campando por donde le pita?

SANCHO – Es lo que ya le expliqué, amo.

ALONSO – Maestro –o maestra- de escuela, usted es ventrílocua e intenta confundirme. ¡Confiese!

ALONSO – Mire amiga, sobre la inteligencia de los cuadrúpedos –sean caballos o humanos distinguidos- nadie puede darme lecciones.

DULCINEA – Esto lo arreglo yo. Anímate agüetele, ¿quieres que te cante un rocky-fandango?

ALONSO – Mire bien mi adorable criatura: lo de la edad me sobra porque los que llegamos a la cumbre no tenemos edad. Y lo del fandango se lo puede usted cantar a su señor padre, que seguramente quedará prendado.

OBDULIA – Si les parece vamos a sentarnos en esa mesa del porche. Nos irá a todos mejor con un snack. Vamos, vamos.

ALONSO – No es mala idea. Tomemos asiento y tú, escudero, tráete un buen vino de la tierra y mejor queso manchego.

SANCHO – Ya ¿Y dónde lo compro yo a estas horas? ... Como no sea en los chinos.

ALONSO – Nada de compras. Algo habrá en el frigo, ve a buscar.

*(ENTRA SANCHO EN LA CASA)*

DULCINEA – Bueno, yo me largo.

ALONSO – No, por favor, dulce doncella, luz de mis sombras, acepte su hermosura iluminar nuestra mesa.

DULCINEA – Que no, que yo tengo los pavos sin comer, las gallinas cacareando y los güarros gruñendo.

OBDULIA – Ea, Aldonza, es un ruego que te sientes y atiendas. Cosas veredes que ...

DULCINEA - ¡Pero oiga, moza, cómo habla usted ahora, si parece un antiguo!

ALONSO – Habla como corresponde; como nos enseñó aquel gran hombre, Don Miguel.

DULCINEA - ¡Vaya! Pues yo en mi pueblo conozco a un Don Miguel, que es un jeta. Toca la dulzaina y la gaita en las fiestas, pero creo que no es el mismo.

*(LLEGA SANCHO CON COCA-COLAS, VASOS DE CARTÓN Y QUESO. EL CABALLO QUE LO VE, INTENTA SENTARSE EN LA MESA. SE IRRITA ALONSO)*

ROCINANTE - ¡¡ ¡iiiiiii !!

ALONSO - ¡Quieto insensato! ¡Cómo te atreves! (A SANCHO) Llévalo al garaje hasta nuevo aviso. ¡Vamos, el jamelgo intentando sentarse en mi mesa! ¿Pero qué pasa aquí hoy? ¡Obedéceme Sancho!

*(SANCHO SE ACERCA A ROCINANTE E INTENTA ATARLO CON LA SOGA. EL CABALLO LO TOMA POR LOS HOMBROS, LO GIRA Y LE PROPINA UN PATADÓN, ENVIÁNDOLO CONTRA EL AUTOMÓVIL. ROCINANTE SE ABURRE Y SE ECHA A DORMIR Y SANCHO SE INCORPORA A LA REUNIÓN).*

OBDULIA – Bueno, tengamos la fiesta en paz. Bebamos esta cafeína de ultramar ... y gustemos el sin par queso manchego.

DULCINEA – *(SEÑALANDO POR ENCIMA DE LA CASA)* ¡Oño, tenemos cigüeñonas! Con la cabecita tan menúa y hay que ver lo que saben, las jodías. Y encima tocan las castañuelas mejor que la madre que las parió. A esas les canto yo de gratis:

**“Tiquití, tacatá. ¡Lo flamencas que se ponen en lo alto de las torres! ¿Y lo bien que hacen los níos? En dispués, alimentando los cigüeñatos son la leche. ¡la releche! ¡Toma! ¡Qué jodías!**

**Tiquití, tacatá, castañuelas pa´escuchar en lo alto de las torres.**

**Las cigüeñas son la leche. Tiquití, tacatá, tiquití, tacatá.”**

ROCINANTE – Oigan, si aquí no se come y aquí no hay quien duerma... pues ¡adiós!

*(SE MARCHA LIGERO A CRUZAR ENTRE EL PÚBLICO)*

Buenas tardes, buenas noches, buenos días, etcétera, etcétera, etcétera...

ALONSO – Oiga Obdulia, me deja perplejo. Lo suyo, amiga, es un viejo truco de ventriloquía casi prehistórico, porque es evidente que los caballos no hablan.

OBDULIA - Pero Rocinante sí. Rocinante habla porque es distinto; es inmortal.

ALONSO – ¿Cómo puede ser inmortal mi caballo si no lo soy yo?

OBDULIA – Usted es de los más inmortales entre los mortales.

ALONSO – ¿Y Sancho?

OBDULIA – También inmortal.

ALONSO – ¿Y esta chulapa de Dulcinea?

OBDULIA – Igualmente.

DULCINEA – ¡Eh señoricos, a mí no me metan! ¡Menúa jaula ´grillos tién ustés toos en la chola!

ALONSO - Y claro, usted será también inmortal.

OBDULIA – No, yo solo era un soñador, hoy soñadora.

ALONSO – Pues sí que es un problema lo suyo.

DULCINEA - ¿Y qué es eso de soñador?

OBDULIA – Pues verás...

ALONSO – *(SE ANTICIPA Y CANTA UN ARIA A DULCINEA)*

**“Sencillamente, ser soñador es un soñar despierto y transformar el día para que discurra como cuando la noche trae propuestas luminosas. Y así, al despertar, imaginar que casi ningún quehacer noble termina en un imposible.”**

DULCINEA - ¡Uii qué individuo, la má' ...!

ALONSO - Pero dejemos eso. Me distraen estas cosas cuando yo debiera llorar ahora la ausencia de Rocinante. Por cierto, Sancho, ¿y mi lanza? ¿Ya no tendré nunca más mi lanza?

SANCHO – “ No problem”; se la traigo por lo inmediato, mi amo *(ENTRA RÁPIDO EN LA CASA)*

DULCINEA - *(A ALONSO, CON SORNA...)* Porque claro, si además de la tragedia de su caballo perdido no tiene una lanza, ¿an'de va usté? ¿A que es eso?

*(SALE SANCHO DE LA CASA CON UNA FREGONA. ALONSO LA TOMA)*

ALONSO –¿Y qué hago yo ahora con mi lanza? Si fuera un niño podría montarme en ella, pero si yo me monto aquí, seguro que me toman por un loco. Y alancear... ¿a quién alanceo? A ver ¿a quién? ... No. Yo sin mi Rocín me siento perdido.

*(DULCINEA LO ENCARA Y LE CANTA EN ROCK)*

DULCINEA - "Serénese, que volverá. Serénese, que volverá.

¿Dónde se ha visto un caballo perdido? ¿Perdido de su dueño? No señor, no señor, que se lo digo yo.

Serénese, agüetele Alonso, que Rocinante sin su caballero se siente nadie. ¡Se siente nada! Serénese, serénese que volverá.

Serénese agüetele Alonso, que Rocinante sin su caballero

se siente nadie. ¡Se siente nada!

*(REAPARECE NERVIOSO ROCINANTE)*

¡Ea!, si antes lo digo...

ROCINANTE - Síiiiiiii, ¡Don Quijano!

ALONSO - ¡Rocinante, caballo mío!

*(ROCINANTE, REFIRIÉNDOSE A ALONSO CANTA UN ARIA, QUE DEDICA A TODOS LOS PRESENTES):*

"Es mi señor, es mi señor. Dondequiera que estemos, señor será. Dueño será de mí el caballero que en la Historia cubrió de admiración al mundo, cruzó como una flecha las fronteras y se detuvo a brillar en letra impresa.

Es mi señor. Un privilegio de mi vida y un orgullo para el pensamiento."

ALONSO- ¡Ven, ven a tu amo, que voy a ordenar traer del Super una carrada de alfalfa ahora mismo.

ROCINANTE –¿Alfalfa? ¿Alfalfa verde oscura... con florecitas azul violeta?

ALONSO – Esa. Pero ven y dime antes una cosa: tú que me llevaste a las batallas y soportaste dolores y penas enormes, tú que sabes de mí más que yo mismo... ¿es verdad que lo que te oigo lo hablas tú?

ROCINANTE – "Sí, y ya ve que hasta canto. Lo que ocurre es que a veces, cuando me emociono me equivoco, y no sé acudir a tanta novedad, a tanta doble imagen de mi pasado y mi presente.

Tampoco sé si, al fin, pensar es ser mayor o es sucumbir. Como no sé si es mejor estar aquí o regresar a la gloria cervantina."

ALONSO – ¡Pero esto es prodigioso, esto hay que mostrarlo al mundo! Si mi Dulcinea se aviniera, podrías llevarla a la grupa y yo delante con mi escudo y mi lanza. Vamos que... ya puestos, podríamos irnos los tres adonde haya de todo, y caballos también, para que se note que tú eres superior ... porque hablas y cantas.

ROCINANTE – Mi señor, podríamos ir... a la Feria de Sevilla, que además hay muchas yeguas allí.

DULCINEA - ¡Venga una juerga sevillana! Oigan ustedes, ¿y no sería mejor irnos en el turbo, que cabemos más y llegamos antes?

ROCINANTE – Síiiiiiii. Síiiiiiiiiii *(ENTUSIASMADO INTENTA BESAR A DULCINEA EN LOS LABIOS)*

DULCINEA – *(LO RECHAZA)* ¡Coño con el caballo! ¡Qué salido!

*(ENTRA UN GAITERO DEL PUEBLO, SALTANDO Y TOCANDO ALEGRE)*

Lo que faltaba, el don Miguel de la gaita, que se cree el amo de la alegría.

ALONSO - *(MIENTRAS SIGUE EVOLUCIONANDO EL GAITERO)*  
¡Maravilloso! ¡Alegría, la que me negó don Miguel siempre!  
¡Danza, jacaranda, euforia! ¡Vamos, vamos! ¡Tú también, Sancho, que cabemos!

ROCINANTE – ¡Y usted, maestra, venga, que cabemos!

OBDULIA- No gracias, yo les presto el vehículo pero me quedo a leer, que esa es mi fiesta.

DULCINEA – Pues venga, venga, el gaitero... ¡que cabemos! ¡A Sevilla!

( SALVO OBDULIA QUE LOS OBSERVA, SE COGEN TODOS DE LAS MANOS EN PARALELO AL PÚBLICO Y BAILAN MARCANDO EL RITMO DE LAS SEVILLANAS, MIENTRAS **CANTAN UN CUARTETO APOTEÓSICO AL QUE OBDULIA PONE CONTRAPUNTO CANTANDO TAMBIÉN AUNQUE NO BAILE. CUANDO ESTÁ TERMINANDO LA PIEZA SE ACOMODAN TODOS EN EL AUTOMÓVIL Y DESAPARECEN **POR SEVILLANAS****)

TODOS – ¡A Sevilla que nos vamos, a Sevilla!

ROCINANTE – Viva el Quijote; / qué maravilla ... que / sirve pa' que vayamos / hasta Sevilla. / Oiga maestro, / ¡quién lo diría! ...

TODOS SALVO ROCINANTE – ...que gracias a Rocinante / voy a Sevilla.

TODOS - ¡A Sevilla, que cabemos! ¡A Sevilla!

(OBDULIA LOS DESPIDE CON LA MANO Y CUANDO SE HACE EL SILENCIO HABLA AL PÚBLICO)

OBDULIA – Oye ... es lo que hay.

fin